

**Por Serge LETCHIMY,
Presidente de la Colectividad de Martinica.**

VIOLENCIA INACEPTABLE E INSOPORTABLE CONTRA EL PUEBLO CUBANO

Existe una forma de barbarie moderna que ya no viste uniforme, sino que se ejerce mediante sanciones económicas unilaterales. Bajo el impulso de Donald Trump y una doctrina en la que la arrogancia se hace pasar por diplomacia, Estados Unidos mantiene líneas divisorias históricas, fingiendo ignorar los latidos, los estómagos vacíos y las vidas destrozadas que los separan. Cuba ya no es juzgada por su inmensa contribución cultural ni por su papel en la historia regional, sino por su capacidad para resistir el estrangulamiento financiero impuesto por Washington.

Esta violencia contemporánea ya no requiere el fragor de las armas; opera mediante la frialdad de una firma al pie de un decreto. Desde el 3 de febrero de 1962, el nudo gordiano del embargo ha estrangulado a la isla, pero las medidas coercitivas reforzadas por la administración Trump actúan como una tenaza de una crueldad sin precedentes. No se ataca solo a un sistema, sino al sustento mismo de millones de familias. Al congelar activos y paralizar la importación de bienes esenciales, se está escenificando un asedio medieval en pleno siglo XXI. El resultado es inequívoco: no son las estructuras de poder las que se debilitan, sino los niños de La Habana que carecen de leche y los hospitales que luchan contra la oscuridad.

¿El verdadero "crimen" de Cuba? Su histórica negativa a alinearse con los intereses hegemónicos de su vecino del norte. Una vez que este país eligió su propio destino, el pretexto democrático se convirtió en un arma de sabotaje. La libertad prometida por el imperialismo de Donald Trump huele a subyugación, no a emancipación.

Nosotros, el pueblo de Martinica, una nación caribeña profundamente arraigada en la región de CARICOM, no podemos permanecer como espectadores silenciosos de este naufragio orquestado. El mar que nos separa de Cuba no es un abismo, es un salvavidas. Nuestros lazos no nacieron de la ideología, sino de la vida misma. Se encarnan en nuestros médicos, en nuestros estudiantes formados aquí y en nuestras culturas entrelazadas. La solidaridad regional no es una opción diplomática, es un deber civilizador. Nuestro país no es el patio trasero de nadie; es un espacio de responsabilidad mutua.

Es hora de denunciar este "saqueo de potencial". Es hora de recordar que, si bien internet nunca olvida, la historia siempre termina juzgando a los perpetradores que utilizaron el hambre como herramienta política. El pueblo cubano no es un peón en el juego de Washington. Es nuestro hermano, y su clamor por la dignidad es inextricablemente el nuestro.

Martinica, 20 de febrero de 2026